

Ni érase una vez ni en un tiempo lejano. Los cuentos empiezan siempre de la misma manera pero esto no es un cuento sino una historia completamente verdadera. No sabemos si alguna vez se puso por escrito, nos ha llegado pasando de boca de abuelos a oídos de nietos. Y suponiendo que se llegara a escribir en algún momento, ese «momento» debe de ser tan antiguo que tal vez lo escrito se haya perdido durante el interminable viaje de la Tierra a través del tiempo.

Sucedío cuando algunas criaturas del mundo no tenían solo una forma, sino que cambiaban de aspecto y de tamaño, según las circunstancias. El sol brillaba luminoso a lo largo y ancho de la tierra, y la Montaña Negra aún no había recibido su nombre. Era un lugar fértil como un jardín bien regado, maravilloso como una flor abierta y tan grande que se extendía más allá de donde alcanza la vista. Ese lugar se llamaba Jenet.

Allí, un día, de repente —que es como acostumbran a empezar estas cosas—, el reino de las serpientes declaró la guerra al reino de los lobos. La causa: el secuestro de la princesa Yilán, hija de la célebre y valiente Sahmarán, reina de las serpientes, por parte de Kurt, heredero al trono de los lobos.

En aquel tiempo Jenet se dividía en tres reinos: el de los hombres, que era el más grande y poderoso de todos y extendía sus dominios sobre llanuras, lagos y ríos; el reino de los lobos,

que gobernaba sobre las montañas, y el reino de las serpientes, que ejercía el control de todo lo que había bajo tierra. Los tres reinos convivían en armonía, nunca habían estado en guerra y siempre habían colaborado para combatir a los enemigos de otros confines.

Sin embargo, a veces suceden cosas que hacen que el mundo se trastoque, las costumbres cambien y los amigos se vuelvan enemigos. Y el rapto de Yilán por parte de Kurt trajo —al menos durante unas horas— el desconcierto en Jenet. Él era corpulento, fuerte, valiente y obstinado. Ella, esbelta, inteligente y decidida. Se parecía mucho a su madre, la reina Sahmarán, legendaria por su sabiduría, pero demasiado joven aún para ser como ella.

Muchos años atrás, la reina Sahmarán, cuando todavía era princesa del país de las serpientes —un país tan pequeño que hubiera cabido en una cueva más o menos grande, pero con un ejército tan valiente como su princesa—, había ayudado a Kral, el primer rey de los hombres, que por aquel entonces poseía todo Jenet, a luchar contra sus enemigos y extender así su dominio sobre las interminables llanuras de aquel territorio. De esa manera y a golpe de espada, la princesa consiguió el reino subterráneo, porque Kral se lo concedió por su colaboración y valiosa ayuda en la guerra.

Yilán subía a menudo al país de los hombres, para dar una vuelta, ver a sus amigas y nadar con ellas en lagos y ríos. Pero evitaba el monte: la cansaban los senderos abruptos y empinados de terreno irregular y llenos de piedras.

Un día que las praderas brillaban bajo el sol con un verde intenso y el agua con un azul celeste, Yilán salió del mundo subterráneo como de costumbre y por primera vez sintió el

deseo de subir a la montaña, para beber agua de las fuentes y admirar el paisaje desde lo alto. Tomó un sendero y al cabo de poco, jadeando, se paró delante de una cabaña situada encima de una roca enorme. Afinó el oído: ni un alma. Se armó de valor para llamar a la puerta, con cuidado al principio, después con más fuerza, pero no obtuvo respuesta. Finalmente abrió, temerosa, y vio que se trataba de la cabaña de un pastor, con los recipientes para la leche, los cayados y los cencerros de los animales colgados del techo. Volvió a cerrar la puerta sin hacer ruido y después de beber en la fuente que había al lado de la cabaña, empezó a bajar por la ladera. De repente, una liebre saltó desde lo alto de una encina.

—¿Chica, adónde vas por estas latitudes? —preguntó, sorprendida, la liebre.

—¿Y a ti qué te importa? —respondió la princesa, arrogante.

—No, no me importa en absoluto. Pero resulta extraño ver a una chica del país de las serpientes entrando en el reino de los lobos.

—No soy una chica cualquiera del país de las serpientes. Soy la princesa del reino de las serpientes, ¡en persona! —, respondió Yilán, con orgullo.

—De acuerdo, pero no es necesario que grites —dijo la liebre, rebajando el tono de voz.

—¿Por qué? ¿Debo temer algo?

—Ay, querida princesa, hija de la famosa reina Sahmarán, diría que no sabes que los límites del reino de los lobos no deben traspasarse. Los extranjeros no pueden acceder a sus dominios, a no ser que se identifiquen con su nombre en la entrada, en caso contrario quedan detenidos.

—En el reino de los hombres no existe este problema. Entro y salgo cuando quiero.

—¡Cada reino tiene sus propias normas, querida!

—¿Y tú? ¿Qué hace una liebre por aquí?

—Vaya, veo que no entiendes nada. Las liebres somos los vasallos en el reino de los lobos, ¿ni eso sabes?

—¿Vasallos? ¿Qué significa vasallo?

—¡Increíble que no lo sepas, a pesar de tu posición y de los estudios que debes tener! Hace muchos años, querida princesa, los lobos, que tenían su reino en la cima de la montaña, atacaron a mi país, que se extendía por la ladera, y lo ocuparon. Desde entonces las liebres somos vasallos de los lobos, o sea, sus esclavos. Dicho en pocas palabras, ellos mandan y nosotros obedecemos. Realizamos sus deseos con presteza, porque somos veloces, y llevamos a cabo las tareas en un santiamén.

—¡Qué afortunados son los lobos de tenernos como esclavos!

—Sí, ¡y qué desafortunados nosotros de tenerlos como dueños!

—¿Por qué? ¿Son malos?

—No exactamente. Pero ellos siempre mandan y nosotros estamos obligados a obedecer.

—Disculpa, pero no sabía nada de eso. ¡No me dedico a la política!

—¡Pues haces mal! Eres hija de una reina y además famosa por gobernar justamente. Algún día heredarás el trono de tu madre y por eso debes aprender a distinguir al amigo del enemigo, a establecer pactos en beneficio de tu país y a descartar propuestas que lo perjudiquen. Deberás adquirir la prudencia

necesaria para administrar correctamente la vida de tus súbditos, para comprender sus necesidades e intentar satisfacerlas. En definitiva, deberás defender siempre la justicia, castigando a los injustos y premiando a los justos, pues esta es la principal cualidad que deben tener quienes ocupan un puesto de poder en el mundo.

—Recordaré tus palabras —dijo Yilán pensativa, disponiéndose a marchar—. Por cierto —preguntó de repente—, ¿de quién es esa cabaña?

—De un pastor. Vive aquí, entre el reino de los hombres y el de los lobos. Ahora ha llevado a pacer a sus animales al río. Conoce tan bien a los lobos como a los hombres, nadie lo molesta y todos confían en él. Se lleva bien con todo el mundo. La verdad es que a mí me da un poco de miedo la gente que se lleva bien con todo el mundo, sinceramente. Bueno, pero nadie me ha dado vela en este entierro...

—Hablas sabiamente. Espero que nos volvamos a encontrar —dijo Yilán, mientras bajaba apresuradamente por el sendero empinado.

Pasó por el gran lago, también por el pequeño, descansó a la sombra de un peral enorme y cuando el sol estaba a tres palmos de la línea del horizonte, decidió regresar. Cruzó el ancho río a nado y allí, en la entrada del desfiladero, justo donde estaba el acceso secreto al país de las serpientes, una puerta escondida que solo ella, Sahmarán y los altos cargos del gobierno conocían, dentro de una cueva cubierta por arbustos silvestres, se interpuso en su camino un joven alto, que con sus anchas espaldas le impedía el paso.

—¿Quién eres? —gritó la princesa, alarmada.

Edición original en griego:

Γιλάνι, η πριγκίπισσα των φιδιών

© 2016 για το κείμενο, Σ. Πατάκης ΑΕΕΔΕ (Εκδόσεις Πατάκη) και Μαρία Σκιαδαρέση

© del texto: María Skiadaresi, 2018

© de la traducción: Montserrat Franquesa Gòdia y Joaquim Gestí Bautista, 2018

© de esta edición: Milenio Publicaciones, S L, 2018

C/ Sant Salvador, 8 - 25005 Lleida (España)

editorial@edmilenio.com

www.edmilenio.com

Primera edición: noviembre de 2018

ISBN: 978-84-9743-844-5

DL L 1.261-2018

Impreso en Arts Gràfiques Bobalà, SL

www.bobala.cat

Printed in Spain

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <www.cedro.org>) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra.